

ECUACIÓN BINARIA

Susan Guber en su ensayo: *The Blank Page*, pone énfasis en la importancia previa de la página en blanco en el proceso creativo. Va más allá y aventura que el espacio blanco del papel podría identificarse con la creatividad femenina, ya que dispone la esencial materia primera, el soporte físico y emocional donde gestar la inscripción. La creatividad femenina, que en muchos casos había tenido que desarrollarse en un ambiente adverso, solo podía contar con el propio cuerpo como medio disponible. Ante la dificultad de acceso a otros medios se echa mano de lo que queda más accesible: el cuerpo. Y has sido las mujeres las que lo han utilizado no como objeto, sino como sujeto activo: herramienta de acción, reclamo o reivindicación política.

Ante una serie de páginas mayoritariamente en blanco, surge el mismo cuestionamiento: qué poder de incisión sobre el discurso resulta del mismo soporte.

Una serie de tres blancos inaugura el recorrido. En estas páginas vemos unas gotas de acuarela sobre la gran hoja blanca. Si carecemos de información adicional nuestra percepción se restringe tan sólo a una forma. Si conocemos mejor el soporte, este dato nos aclara que es esta una conjunción anómala. Una ecuación binaria en la que en principio los elementos no son los adecuados.

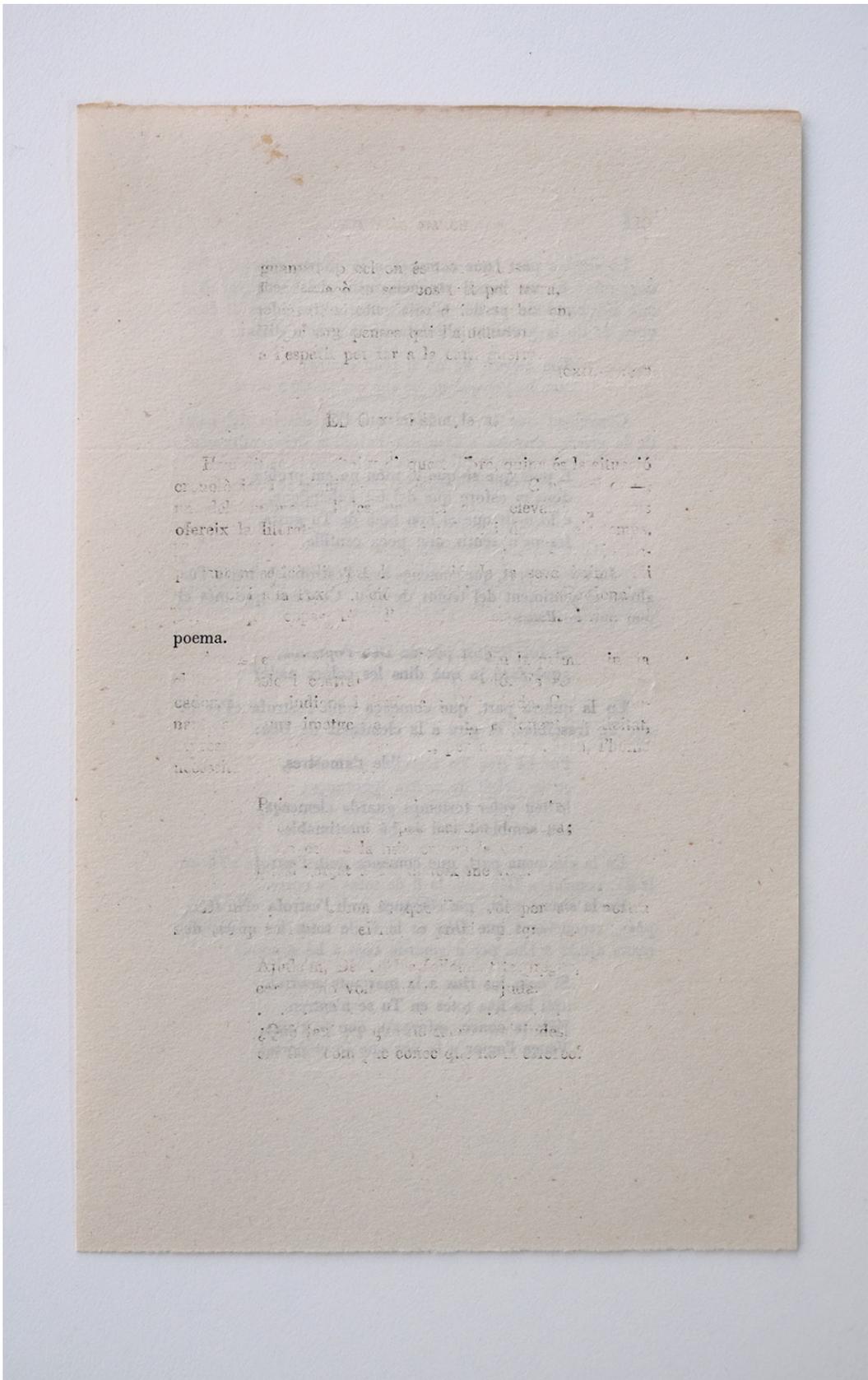


Una hoja de papel destinada a estampar grabado es el blanco que acoge la acuarela. Un papel que por su finalidad necesita resistencia al agua, flexibilidad, absorción. Si esta gota de acuarela nerviada en minúsculas raíces que van a beber del blanco no hubiese caído sobre el papel equivocado, no hubiese expandido todo su potencial. Lo inapropiado de la conjunción propicia que la gota se despliegue por la superficie del papel de manera particular, creando estas intrincadas nervaduras fruto de la finalidad de sus fibras de capilarizar la humedad. La estructura interna del papel es indispensable para que la forma de color se comporte de ese modo y no de otro. El desafío reside aquí en las ecuaciones binarias que no se ajustan a la norma y que propician la incerteza. Determinan la imprevisibilidad. El gesto deja aquí una bella huella, inconcebible sin este soporte.

A un lado de esta serie, encontramos de nuevo el blanco matizado de volúmenes de una página sobre un soporte negro que la contrasta. Es una página de porcelana que ha iniciado un plegamiento, una curvatura. La capacidad de expresión se ha materializado en relieve y recoveco. Un relieve que anuncia la luz y su sombra, la revelación y su escondimiento. La superficie resigue una orografía de pliegues y repliegues barrocos. Es la piel del lenguaje, donde el texto y su soporte son una misma cosa, se funden en un mismo material cerámico.



El texto moldea la página. El texto es pliegue y el pliegue es su escritura. La página es un cuerpo que alberga y segrega el pliegue como el lenguaje intrincado que se expresa desde las mismas entrañas. La página blanca acoge entonces los recovecos de la escritura, tanto las sombras como las luces y sus superficies intermedias. Pliegan y deslizan, repliegan y despliegan como capas tectónicas en el plano terrestre. Un deslizamiento, tal como proponía Gilles Deleuze, que desplaza la superficie a la profundidad, y la profundidad a la superficie. Es decir, que las entrañas muestran su interioridad, mientras que la superficie se repliega en el fondo de un espacio de gestación. Dos fuerzas opuestas que ejercen sendos movimientos.



Al otro extremo de la serie, cierra el círculo una página que nos presenta una única palabra (o gota): *poema*.

Y es esta palabra la que activa la capacidad de la página de expandir la poesía a cada una de las fibras que componen la hoja. Una hoja de textura alterada donde solo sobrevive un resquicio de aquello que contenía. Y paradójicamente aumenta su potencia dicente. Como si un guijarro lanzado al blanco de la página reverberase infinitamente de las resonancias propias de la poesía.